



MARIA, LA AMONA DE SUSPERREGUI

RAMULEI (G.M. Urdaburu)

Caserio de Susperregi



Aquella cocina estaba siempre abierta para todos. Cuando llegabas de la montaña, calado hasta los huesos y aterido de frío, el calorcillo del hogar y la acogedora sonrisa de María, que se apresuraba a ofrecerte ropa seca, calcetines, alpargatas,..., el humeante caldo junto a la lumbre de la vieja chimenea te entonaba y te dejaba como nuevo. Venían luego las preguntas rituales por la salud de los tuyos y la fácil conversación en euzkera, siempre salpicada de anécdotas y propósitos siempre acogidos al "*Jangoikoak nai badu*", eterna jaculatoria en sus labios.

No creo haber conocido en mis años a personas de tanta fe, esa fe de la mujer campesina que siempre trajinando, siempre alegre en su trabajo diario, con esa voz queda de las personas resignadas, pero convencidas de que están sencillamente cumpliendo un deber sagrado. Su sonrisa perenne, su bondad, su espíritu me recordaban aquella frase de Teresa de Avila de que "*Dios andaba entre los pucheros...*".

María se nos fue calladamente, se nos fue algo que era nuestro, era un poco como la amona y la amatxo de la familia montañera.

Pocas veces había asistido a una "*illeta*" como la de aquella tarde. Nueve sacerdotes esperando para concelebrar. Todo el pueblo puesto en pie, ocupando la magnífica iglesia renteriana. Cuando entró María, llevada en hombros por sus nietos y acompañada de sus hijos, hermanos y parientes, apiñados junto al féretro portando llorasas flores y coronas. Allí estaban los baserritarras, guardamontes, ingenieros, ecologistas, gentes de todas las profesiones y colores, gentes de todas las edades y, sobre todo, montañeros vetustos y jóvenes. "*Zure etxegoaz Jauna*"... era el clamor de cientos de gargantas, que coreaban al unísono el paseo triunfal de aquella sencilla y santa mujer.

